

El martirio de san Óscar Romero

Martin Maier, S. J.

Profesor visitante

Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”

San Salvador, El Salvador

San Óscar Romero es uno de los mártires más conocidos, más amados, pero también uno de los más odiados de nuestro tiempo. Durante la conmemoración de los mártires del siglo XX en el Coliseo de Roma, en 2000, según el cardenal Walter Kasper¹, Juan Pablo II tuvo una sola preocupación, que se mencionara por su nombre a Mons. Romero. Además, es uno de los diez mártires ecuménicos del siglo XX, que adornan la fachada de la abadía de Westminster en Londres. Pero es sabido que en El Salvador fue insultado y acusado de ser comunista y guerrillero.

En las siguientes páginas, haré unas consideraciones introductorias sobre el martirio. Después, resumiré lo que el mismo Mons. Romero dijo sobre el martirio y los mártires, en sus tres años de arzobispado en San Salvador. Retomaré la discusión alrededor de su martirio: si fue matado por “odio a la fe” o por “haberse metido en política”. Luego, plantearé algunas consideraciones teológicas, ampliando el concepto de martirio con el caso de Mons. Romero. Terminó con una reflexión sobre la actualidad del martirio.

1. La realidad cruel del martirio

Hablar de martirio y de mártires corre el peligro de volverse una costumbre. Es necesario caer en la cuenta de la brutalidad y la crueldad del martirio. Se trata de un asesinato. Hay derramamiento de sangre. Ante todo, el martirio es real. El martirio es una muerte injusta. Hay verdugos y hay víctimas. Teológicamente, hay pecado y hay culpa.

1. Información del cardenal Kasper al autor.

Mons. Romero lo dijo muy claramente en una homilía:

Aunque estos crímenes quedan en el misterio, la realidad es que hay dolor en la Iglesia y hay manos manchadas de sangre. Que no se sabrá ante la justicia de los hombres, no importa. Pero ante el corazón de la Iglesia y sobre todo ante el pensamiento de Dios, es un martirio que traerá muchas bendiciones del Señor y es un pecado grave, contra el quinto mandamiento, “no matar”, que está reclamando la conversión sincera de los pecadores antes que vaya a cumplirse la terrible sentencia: “El que a hierro mata, a hierro muere” (11 de septiembre de 1977).

En segundo lugar, nadie se puede proclamar mártir a sí mismo². Es una aberración que quien atente suicidio se autoprocamente mártir. Por esa razón, la Iglesia católica institucionalizó un proceso para proclamar a alguien mártir, beato o santo. De esa manera, se evita el peligro de que grupos de interés dentro de la Iglesia declaren mártir a una persona. El reconocimiento formal del mártir está precedido por la veneración del pueblo. En el caso de Mons. Romero, la hubo desde el momento de su muerte martirial. Mons. Casaldáliga lo expresó en su famoso poema dedicado a Mons. Romero, con las palabras siguientes: “El pueblo te hizo santo”. Por eso, la Iglesia se limitó a reconocer y ratificar este hecho con la canonización.

Desde la perspectiva de la fe, el martirio es una muerte por amor. Es la libre entrega de la vida por amor: “No hay amor más grande que dar la vida por los amigos” (Jn 15,13). Esto llevó a que Karl Rahner considerara el martirio como “la muerte cristiana por excelencia”³. Es una muerte que acaece en el seguimiento de Jesús y es la última consecuencia de dicho seguimiento. Es una muerte que ya participa de la resurrección. Dios no permite que el verdugo triunfe sobre la víctima.

La teología de la liberación, en particular, Jon Sobrino, es la que más ha reflexionado sobre el martirio⁴. Esta teología tiene una gran afinidad con el martirio. El que se compromete con la liberación y la justicia se arriesga a ser perseguido, tal como ocurrió con Jesús: “Bienaventurados si los persiguen por causa de la justicia” (Mt 5,10). La última consecuencia de la persecución es la muerte en la cruz. La liberación es correlativa a la persecución y el martirio lo es a la cruz. Jesús es el primer mártir, el protomártir. El seguimiento incluye la cruz y, al final, la muerte. Jesús amó a los suyos hasta el extremo de entregar su vida por ellos. Una dimensión esencial de la praxis de la fe cristiana es la entrega.

2. J. H. Tück (ed.), *Sterben für Gott – Töten für Gott. Religion, Martyrium und Gewalt* (Freiburg, 2015).

3. K. Rahner, *Sentido teológico de la muerte* (Barcelona, 1965).

4. T. Denger, “Die Liebe ist stärker als der Tod”, en J. Sobrino, *Theologie des Martyriums und ihre Konsequenzen für die Soteriologie* (Mainz, 2019).

2. Mons. Romero y el martirio

La estación más importante en el camino de Mons. Romero fue el asesinato de Rutilio Grande. Mons. Arturo Rivera Damas interpretó esa experiencia tan decisiva para Mons. Romero con las palabras siguientes:

Un mártir dio vida a otro mártir. Delante del cadáver del Padre Rutilio Grande, Monseñor Romero, en su vigésimo día de arzobispo, sintió el llamado de Cristo para vencer su natural timidez humana y llenarse de la intrepidez del apóstol. Desde aquel momento, Monseñor Romero dejó las tierras paganas de Tiro y Sidón, y marchó libremente hacia Jerusalén⁵.

Muy pronto después de asumir el cargo de arzobispo de San Salvador, Mons. Romero fue confrontado con la persecución de la Iglesia. Le echaron en cara que predicara el odio y la subversión, que la Iglesia se volviera marxista y que hubiera traspasado los límites de su verdadera misión, al intervenir en la política. Mons. Romero respondió a estas acusaciones en la segunda carta pastoral sobre “La Iglesia como cuerpo de Cristo en la historia”:

Mientras la Iglesia predique una salvación eterna y sin comprometerse en los problemas reales de nuestro mundo, la Iglesia es respetada y alabada, y hasta se le conceden privilegios. Pero si la Iglesia es fiel a su misión de denunciar el pecado que llega a muchos en la miseria, y si anuncia la esperanza de un mundo más justo y humano, entonces se la persigue y calumnia, tildándola de subversiva y comunista⁶.

Para Mons. Romero, la persecución forma parte de la esencia de la Iglesia. El propio Jesús había predicho que aquellos que realmente lo siguieran, también tendrían que asumir la persecución, como él:

Este es el compromiso de ser cristiano: seguir a Cristo en su encarnación; y si Cristo es Dios majestuoso que se hace hombre humilde hasta la muerte de los esclavos en una cruz y vive con los pobres, así debe ser nuestra fe cristiana. El cristiano que no quiere vivir este compromiso de solidaridad con el pobre, no es digno de llamarse cristiano... Este compromiso trae persecución. Cristo nos invita a no tenerle miedo a la persecución porque, créanlo hermanos, el que se compromete con los pobres tiene que correr el mismo destino de los pobres. Y en El Salvador ya sabemos lo que significa el destino de los pobres: ser desaparecidos, ser torturados, ser capturados, aparecer cadáveres (17 de febrero de 1980).

5. J. Delgado, *Óscar A. Romero. Biografía*, p. 3 (San Salvador, 1990).

6. Ó. A. Romero, *Cartas pastorales, discursos y otros escritos*, p. 72 (San Salvador, 2017).

Desde la perspectiva de la Iglesia, la persecución significaba perder los recursos materiales y los privilegios de los que había gozado hasta entonces. No obstante, esta es una buena señal para Mons. Romero, ya que así, la Iglesia solo podría depositar su confianza en Dios. De esa manera, añadió la persecución a las cuatro notas clásicas de la Iglesia.

La persecución es una nota característica de la autenticidad de la Iglesia; que una Iglesia que no sufre persecución, sino que está disfrutando los privilegios y el apoyo de las cosas de la tierra, ¡tenga miedo!; no es la verdadera Iglesia de Jesucristo (11 de marzo de 1979).

Mons. Romero reaccionó con palabras asombrosas ante los asesinatos de seis sacerdotes, perpetrados en sus tres años como arzobispo de San Salvador. “Me alegro, hermanos, de que nuestra Iglesia sea perseguida, precisamente por su opción preferencial por los pobres y por tratar de encarnarse en el interés de los pobres” (15 de julio de 1979). “Sería triste que en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente no contáramos entre las víctimas también a sacerdotes... Son el testimonio de una Iglesia encarnada en los problemas del pueblo” (30 de junio de 1979).

De esta manera, parangonó a los sacerdotes asesinados con cientos y aún miles de catequistas y delegados de la palabra que también habían sido asesinados. La única diferencia era que el asesinato de un sacerdote todavía suscitaba cierta conmoción en la opinión pública. Así como en su vida habían defendido a los pobres, en su muerte se convirtieron en los representantes de muchos que habían sido asesinados sin tener siquiera una mención pública. Mons. Romero se refirió a ellos en el discurso que pronunció cuando la Universidad de Lovaina le concedió el título de doctor *honoris causa*:

Si esto se ha hecho con los representantes más visibles de la Iglesia, comprenderán ustedes lo que ha ocurrido al pueblo sencillo cristiano, a los campesinos, sus catequistas, delegados de la palabra, a las comunidades eclesiales de base. Ahí los amenazados, capturados, torturados y asesinados se cuentan por centenares y miles. Como siempre, también en la persecución ha sido el pueblo pobre cristiano el más perseguido⁷.

El asesinato de los sacerdotes le dio motivos para recordar a los creyentes su responsabilidad y su vocación de predicar la fe:

Si alguna vez nos quitaran la radio, nos suspendieran el periódico, no nos dejaran hablar, nos mataran a todos los sacerdotes y al obispo también; y quedarán ustedes un pueblo sin sacerdotes, cada uno de ustedes tiene que ser un micrófono de Dios; cada uno de ustedes tiene que ser un mensajero, un profeta (8 de julio de 1979).

7. *Ibid.*, p. 195.

Las comunidades honraron espontáneamente a los sacerdotes asesinados como mártires. Sin pretender adelantarse al reconocimiento eclesiástico formal, Mons. Romero los llamó

verdaderos mártires en el sentido popular [...] son hombres que han predicado, precisamente, esta incardinación con la pobreza, son verdaderos hombres que han ido a los límites peligrosos [...] donde se puede señalar a alguien y se termina matándolo como mataron a Cristo (23 de septiembre de 1979).

Así, en la misa exequial del padre Rutilio Grande, el 14 de marzo de 1977, se refiere a su muerte como martirio. El 5 de junio de 1977, llama “pueblo mártir” a Aguilares y se refiere a la Iglesia de El Salvador como una Iglesia martirial. Y a Pablo VI le dice que las tierras salvadoreñas le ofrecen mártires (27 de agosto de 1978).

Antes de viajar a Puebla, para asistir a la III Conferencia del Episcopado Latinoamericano, declaró:

Lo que me interesa, queridos hermanos, es ir a Puebla para llevar en mi voz [...] la expresión de esta Iglesia que son ustedes, ¡tan viva! ¡Una Iglesia tan mártir! ¡Una Iglesia tan llena del Espíritu Santo! Y decirles a mis hermanos Obispos que le doy gracias a Dios por esta Iglesia y que mi humilde voz en Puebla será el resonar de todas estas comunidades (31 de diciembre de 1978).

En su segunda carta pastoral sobre “La Iglesia como cuerpo de Cristo en la historia”, de agosto de 1977, Mons. Romero reflexionó:

Como el más precioso ofertorio de la arquidiócesis a su divino patrono, en sus fiestas titulares de este año, se presenta ella misma, marcada con las señales dolorosas y gloriosas del martirio y de la persecución precisamente por su fidelidad de ser el cuerpo de Cristo en nuestra historia⁸.

La persecución y el martirio fomentaron misteriosamente la unidad de la Iglesia. En la tradición de Tertuliano, Mons. Romero habla también de la fecundidad del martirio: los mártires son semilla para nuevos cristianos y vocaciones. Así, en su homilía del 23 de octubre de 1977, el domingo de las misiones, dijo:

Se ha tenido que rechazar o posponer la aceptación de muchos jóvenes que, ante esta situación de la Iglesia, han dado una vez más el testimonio de aquella frase inmortal de Tertuliano, la sangre de los mártires es semilla de vocaciones, semilla de cristianismo, semilla de un florecimiento en la Iglesia. Los perseguidores de la Iglesia no saben el gran bien que le han hecho, regándola y haciendo florecer enormemente este despertar de nuestra Iglesia que se va a manifestar, especialmente, en vocaciones muy prometedoras.

8. *Ibid.*, p. 67.

El 15 de mayo de 1977, defiende, con el concilio Vaticano II, un concepto más amplio del martirio:

No todos, dice el concilio Vaticano II, tendrán el honor de dar su sangre física, de ser matados por la fe; pero sí, pide Dios a todos los que creen en Él, espíritu de martirio, es decir, todos debemos de estar dispuestos a morir por nuestra fe, aunque no nos conceda el Señor este honor, pero sí estamos dispuestos para que cuando llegue nuestra hora de entregarle cuentas, podamos decir: Señor, yo estuve dispuesto a dar mi vida por ti. Y la he dado, porque dar la vida no es solo que lo maten a uno; dar la vida, tener espíritu de martirio, es dar en el deber, en el silencio, en la oración, en el cumplimiento honesto del deber; en ese silencio de la vida cotidiana, ir dando la vida, como la da la madre que sin aspavientos, con la sencillez del martirio maternal da a luz, da de mamar, hace crecer, cuida con cariño a su hijo. Es dar la vida.

Otra dimensión del martirio es la victoria de la fe.

Yo quiero recordar aquí al querido hermano, el padre Alfonso Navarro, a nuestros queridos hermanos catequistas —sería imposible enumerarlos—, pero recordemos, por ejemplo, a Filomena Puertas, a Miguel Martínez, a tantos otros, queridos hermanos, que han trabajado, que han muerto, y que en la hora de su dolor, de su agonía dolorosa, mientras los despellejaban, mientras los torturaban y daban su vida, mientras eran ametrallados, subieron al cielo [...] Como la Biblia, podemos preguntar desde el cielo a nuestros mártires, a los que los mataron y los siguen persiguiendo, a los cristianos: “¿Dónde está, oh, muerte, tu victoria?”. La victoria es la de la fe. Han salido victoriosos los matados por la justicia (30 de octubre de 1977).

3. El martirio de Mons. Romero

El propio Mons. Romero comenzó a sentir cada vez más en carne propia la inseguridad y las amenazas. Durante sus visitas pastorales, las patrullas militares lo detuvieron en varias ocasiones. En agosto de 1979, camino a Arcatao, los soldados los cachearon por primera vez... para protegerlo, tal como observaron con sorna.

Mons. Romero relacionó las cada vez más frecuentes amenazas contra su vida con el camino de Jesús: “Solo me consuela que Cristo, que quiso comunicar esta gran verdad, también fue incomprendido y lo llamaron revoltoso y lo sentenciaron a muerte, como me han amenazado a mí en estos días” (3 de junio de 1979). Una de las bienaventuranzas del sermón del monte se refiere a quienes son perseguidos en nombre de la justicia. Esta bendición fortaleció a Mons. Romero. “Por eso a mí me hacen un inmenso honor cuando me rechazan, porque me parezco un poquito a Jesucristo, que también fue piedra de escándalo” (31 de diciembre de 1978). Cuando el gobierno le ofreció protección personal,

respondió, en varias ocasiones: “El pastor no quiere seguridad mientras no le den seguridad a su rebaño”.

Así como en el huerto de Getsemaní Jesús rogó repetidamente a Dios que apartara de él el cáliz del sufrimiento, Mons. Romero expresó también el temor de sufrir una muerte violenta, en sus últimos ejercicios espirituales, semanas antes de su martirio. Y al igual que Jesús, al final, se abandona a la voluntad de Dios. “Me cuesta aceptar una muerte violenta, que en estas circunstancias es muy posible, incluso el Sr. Nuncio de Costa Rica me avisó de peligros inminentes para esta semana”. En su conversación, el padre Azcue, su confesor, sacó a colación su temor a la muerte.

El Padre me dio ánimos diciéndome que mi disposición debe ser dar mi vida por Dios cualquiera sea el fin de mi vida. Las circunstancias desconocidas se vivirán con la gracia de Dios. Él asistió a los mártires y, si es necesario, lo sentiré muy cerca al entregarle el último suspiro. Pero que más valioso que el momento de morir es entregarle toda la vida y vivir para él⁹.

Hasta qué punto Mons. Romero era consciente de la posibilidad real de su muerte, lo muestra una conversación, mantenida con un periodista guatemalteco, justo dos semanas antes de ser asesinado.

He sido frecuentemente amenazado de muerte. Debo decirle que, como cristiano, no creo en la muerte sin resurrección. Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño. Se lo digo sin ninguna jactancia, con la más grande humildad. Como pastor, estoy obligado por mandato divino a dar mi vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños, aun por aquellos que vayan a asesinarme. Si llegaran a cumplirse las amenazas, desde ya ofrezco a Dios mi sangre por la redención y por la resurrección de El Salvador. El martirio es una gracia de Dios que no creo merecer. Pero si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y la señal de que la esperanza será pronto una realidad. Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea por la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro. Puede decir usted, si llegasen a matarme, que perdono y bendigo a todos los que lo hagan. Ojalá, así, se convencieran de que perderán su tiempo. Un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás¹⁰.

Es difícil hablar de la propia muerte con tanta fe y de una forma tan cristiana. Estas palabras evidencian una enorme serenidad y una profunda confianza en Dios.

9. *Ibid.*, pp. 541 y s.

10. J. Calderón Salazar, “Entrevista con Mons. Romero”, *Excelsior*, 25 de marzo de 1980.

4. Ampliación del concepto de martirio

En sus recuerdos sobre Mons. Romero, Jon Sobrino escribe que este le pidió reflexionar teológicamente sobre la realidad de la persecución y del martirio. Sobrino subraya que pocos textos iluminaban teológicamente la persecución y el martirio tal como estos ocurrían en El Salvador. La reflexión sobre el martirio de la teología de la liberación no parte de la definición canónica y dogmática, sino de la realidad latinoamericana. En concreto, así lo expresa Sobrino: “Tuve que empezar a argumentar teológicamente con la realidad”¹¹.

En América Latina, el martirio se inscribe en el conflicto social y político, predominante antes y ahora en la mayoría de los países. La época de la dictadura militar ya ha sido superada, pero los motivos que condujeron a la represión y la guerra civil no han desaparecido aún. La realidad del martirio en América Latina refleja la estructura dialéctica y conflictiva de la realidad.

En la teología de la liberación, este carácter dialéctico y conflictivo se expresa como la oposición entre el Dios de la vida y los ídolos de la muerte¹². Mons. Romero consideró que estos dioses eran una realidad muy actual. Así, habló de la idolatría de la riqueza, del poder y de la ideología de la seguridad nacional, absolutizaciones que requieren víctimas: “Yo denuncio, sobre todo, la absolutización de la riqueza. Este es el gran mal de El Salvador: la riqueza, la propiedad privada como un absoluto intocable, y ¡ay del que toque ese alambre de alta tensión, se quema!” (12 de agosto de 1979).

La conflictividad de la fe cristiana está igualmente presente en la conflictividad de la realidad, donde los dioses operan activamente. Sobrino los relaciona con lo que denomina el anti-reino. Los mártires “expresan que existen víctimas y victimarios, justicia e injusticia, gracia y pecado. Expresan que existe el reino de Dios y el anti-reino, el Dios de vida, *Abba*, y los dioses de la muerte. Expresan que Jesús es verdad y vida, y que el Maligno es mentiroso y asesino”¹³.

En América Latina, el martirio es consecuencia de la crítica profética, ejercida por la Iglesia y la teología. Cuando la Iglesia se limita a la beneficencia caritativa, no molesta, ni amenaza a nadie. Pero si se pregunta por las causas de la pobreza y la injusticia, pronto suscitará la persecución. El arzobispo Hélder Câmara lo expresó en una conocida frase: “Si doy pan a los pobres, me llaman

11. J. Sobrino, “Mi recuerdo de Monseñor Romero”, *Revista Latinoamericana de Teología* 16 (1989), 25.

12. Autores Varios, *La lucha de los dioses. Los ídolos de la opresión y la búsqueda del Dios liberador* (San José, 1980).

13. J. Sobrino, “Los mártires jesuánicos en el tercer mundo”, *Revista Latinoamericana de Teología* 48 (1999), 249.

santo. Pero si pregunto por qué los pobres no tienen nada para comer, entonces, me tacharán de comunista”¹⁴.

Cabe señalar, además, que no se persigue a la Iglesia como institución, sino a aquella parte que se toma en serio la opción por los pobres. Esta práctica divide a la Iglesia, tal como ocurrió en la época de Mons. Romero. En ese entonces, la conferencia episcopal se dividió, lo cual fue para él una experiencia muy dolorosa. Así, la ruptura social y política condujo a la ruptura en el interior de la misma Iglesia.

De la misma manera, la memoria de los mártires se inscribe dentro de la naturaleza conflictiva de la realidad latinoamericana. Su memoria es ejemplo de lo que Johann Baptist Metz denominó “la memoria peligrosa”¹⁵. A comienzos de la década de 1980, después del asesinato de Mons. Romero, la exposición de su fotografía en la vivienda de los pobres era peligrosa para sus habitantes. En no pocos casos, esa fotografía fue motivo para que los militares hicieran “desaparecer” a sus poseedores por “subversivos”.

Por todo ello, la realidad del martirio, tal como acontecía en América Latina, no podía ser captada por el concepto teológico y canónico tradicional. La realidad impulsó el desarrollo de la teología, que amplió su conceptualización y sistematización, a partir de los acontecimientos históricos. Así lo expresa Sobrino:

Esta novedad en la razón para asesinar cristianos y el elevadísimo número de ellos ha obligado a repensar la definición del martirio, pues de otro modo se caería en la paradójica situación de que muchos cristianos son dados muerte violenta, pero no pueden ser llamados mártires. Y sea cual fuere la definición oficial de martirio, el sentido común y el sentido de la fe dicen que las cosas no pueden ser así¹⁶.

El concepto tradicional del martirio distingue entre el elemento material, la muerte violenta, y el elemento formal, la muerte por amor y como consecuencia de una vida similar a la de Jesús. La muerte reconocida como martirio por la Iglesia implica que se padece libremente, no de manera inconsciente, ni por haber participado en una lucha armada. El mártir da testimonio del significado y la veracidad de su fe. Así, pues, un elemento esencial es el *odium fidei* u odio a la fe cristiana. El martirio presupone la renuncia personal y libre a la vida. Se

14. Citado por L. Kaufmann, *Damit wir morgen Christ sein können. Vorläufer im Glauben*, p. 99 (Freiburg, 1984).

15. J. B. Metz, *La fe, en la historia y la sociedad. Esbozo de una teología política fundamental para nuestro tiempo*, pp. 192 y ss. (Madrid, 1979).

16. J. Sobrino, *Jesucristo liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret*, p. 442 (San Salvador, 1991).

trata de la mayor plenitud del amor, expresada en la unión del amor a Dios con el amor al prójimo. El martirio significa la entrega amorosa y creyente de la persona a Dios. En este sentido, es un testimonio eficaz para los demás. Desde la perspectiva cristológica, el mártir es un seguidor de Cristo, que participa, por la gracia, en su muerte y en la eficacia de esta. Por tanto, el martirio posee también una dimensión soteriológica.

Históricamente, el concepto de martirio es análogo. Ha evolucionado a lo largo de la historia para acomodarse a nuevas realidades. Un ejemplo relativamente reciente es la Constitución apostólica de Juan Pablo II *Divinus perfectionis magister*, del 25 de enero de 1983, que establece una nueva regulación del proceso de canonización eclesial. La constitución reconoce como muerte martirial aquella que ocurre *in aerumnis carceris*, es decir, “en la tribulación de la cárcel”. De esa manera, la Iglesia reconoce como mártires a las personas que han muerto a consecuencia del encarcelamiento o de los malos tratos recibidos en los campos de concentración nazis. Así, pues, ha cambiado y ampliado su comprensión del martirio.

Karl Rahner es uno de los pocos teólogos europeos que ha tratado profundamente el tema del martirio, desde la perspectiva teológica. Poco antes de su muerte, en un artículo titulado “Dimensiones del martirio”, publicado en *Concilium*, pide ampliar el concepto clásico. Su reflexión parte de la cuestión de si se puede aplicar el concepto de martirio a quien haya muerto en la lucha activa. Rahner afirma que “la muerte soportada pasivamente por Jesús fue consecuencia de su lucha contra los dirigentes políticos y religiosos de su tiempo”. La muerte de Jesús no puede ser separada de su vida, que comprende la lucha contra la opresión y la explotación social y religiosa. Jesús entra en conflicto con los poderosos de su tiempo por anunciar el reino de Dios y su praxis. En este contexto, Rahner dirige su mirada a El Salvador y se pregunta: “Pero ¿por qué no habría de ser mártir un Monseñor Romero, por ejemplo, caído en la lucha por la justicia social, en una lucha que él hizo desde sus más profundas convicciones cristianas?”¹⁷.

De hecho, hubo un prolongado debate sobre el martirio de Mons. Romero. Los que se oponían a su beatificación y canonización defendieron que había muerto por “meterse en política”. Otros argumentaron que había sido asesinado, precisamente, por su compromiso con la justicia que emana del evangelio y la fe.

El papa Francisco intervino en el debate, en la rueda de prensa que dio en el vuelo de regreso de Corea del Sur, el 18 de agosto de 2014. Al responder a la pregunta de un periodista, primero resumió la cronología del proceso.

El proceso se encontraba en la Congregación para la Doctrina de la Fe, bloqueado “por prudencia”, según decían. Ahora ya no está bloqueado. Ha

17. K. Rahner, “Dimensiones del martirio”, *Concilium* 19 (1983), 323.

pasado a la Congregación para los Santos. Y sigue el camino normal de cualquier proceso. Depende de cómo se muevan los postuladores. Es muy importante que lo hagan con rapidez.

Después señaló la cuestión teológica clave: “Lo que a mí me gustaría es que se esclarezca si se da martirio *in odium fidei*, por haber confesado a Cristo o por haber hecho las obras que Jesús nos manda para con el prójimo. Y esto tienen que hacerlo los teólogos que lo están estudiando”. Y terminó con las siguientes palabras explicativas:

Porque detrás de él [Mons. Romero], vienen Rutilio Grande y otros; hay otros que fueron asesinados, aunque no están a la altura de Romero. Hay que distinguir teológicamente esto. Para mí, Romero es un hombre de Dios, pero hay que hacer el proceso, y el Señor tiene también que dar su señal... Si quiere, lo hará. Pero ahora los postuladores tienen que ponerse en marcha porque ya no hay impedimentos¹⁸.

A comienzos de 2015, la comisión de teólogos de la Congregación para la Causa de los Santos, popularmente conocida como “la fábrica de santos”, reconoció “unánimemente” su martirio, juicio que fue luego corroborado por la congregación de cardenales y obispos. De esa manera, el 2 de febrero de 2015, el papa Francisco firmó el decreto que declara el “martirio” de Mons. Romero en *odium fidei*, es decir, por “odio a la fe”. En consecuencia, sería beatificado sin necesidad de hacer un milagro. Por tanto, el papa Francisco ratificó la ampliación del concepto de martirio, en el sentido de que puede haber mártires no solo por odio a la fe, sino también por odio al compromiso con la justicia derivado de la fe¹⁹.

Asimismo, el papa amplió el concepto de martirio en otro sentido. En las palabras que dirigió a una delegación de unos 500 salvadoreños, encabezada por los obispos, que acudió a agradecerle la beatificación de Mons. Romero, el 30 de octubre de 2015, afirmó que su martirio había continuado después del asesinato, por las calumnias de “sus hermanos del sacerdocio y del episcopado“. Mons. Romero, continuó el papa, “fue difamado, calumniado, ensuciado”, y exclamó: “¡Cuántas veces a personas que ya han dado su vida o han muerto se las sigue lapidando con la piedra más dura que existe en el mundo: la lengua!”²⁰.

18. Papa Francisco, “Rueda de prensa en el vuelo de Corea a Roma”, 18 de agosto de 2014. Disponible en http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2014/august/documents/papa-francesco_20140818_corea-conferenza-stampa.html.

19. M. Maier, “El ecumenismo de los mártires”, *Revista Latinoamericana de Teología* 81 (2010), 329-341.

20. “Discurso del santo padre Francisco a una peregrinación de la república de El Salvador”, viernes 30 de octubre de 2015. Disponible en http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2015/october/documents/papa-francesco_20151030_el-salvador.html.

5. La actualidad permanente del martirio

El martirio es prueba y verificación de que la fe cristiana sigue viva y vigente. San Ignacio pidió que la Compañía de Jesús fuera perseguida. No porque deseara el asesinato de los jesuitas, sino porque estaba convencido de que ahí donde se vive y se practica realmente el evangelio, surgen resistencias y persecuciones.

En Alemania hubo un gran número de mártires durante los años del régimen nacionalsocialista. El presidente del llamado “juzgado del pueblo”, Roland Freisler, lo expresó en el juicio contra los miembros del círculo de Kreisea. Refiriéndose al cristianismo y al nacionalsocialismo, dijo: “Solo somos iguales en una cosa: exigimos al hombre entero”²¹. Un ejemplo reciente es el asesinato de los trapenses franceses en Argelia, quienes han sido beatificados hace poco. La película sobre ellos, *De dioses y hombres*, ha tenido un éxito extraordinario.

Si nos solidarizamos con los pobres, los excluidos, los refugiados y los inmigrantes, si cuestionamos el sistema, si damos más importancia a la misericordia y los derechos humanos que a las leyes de migración, chocamos rápidamente con el orden establecido, el cual, en realidad, es un gran desorden y una enorme injusticia. Si defendemos el medio ambiente contra los intereses de las transnacionales, nos pueden matar, tal como ha ocurrido con la religiosa estadounidense Dorothy Stang, en Brasil, en febrero de 2005, o con Berta Cáceres, en Honduras, en 2016.

Estas reflexiones sostienen claramente que Mons. Romero y los mártires salvadoreños son fuente de una teología evangélica. Ellos vivieron el seguimiento de Jesús de una manera ejemplar, hasta entregar libremente su vida por amor, en particular, a los más pobres. Son un signo de los tiempos y, en cuanto tales, según la *Gaudium et spes*, son “los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios” (11). Los mártires actualizan la vida, la cruz y la resurrección de Jesús. Confrontan la fe cristiana y la teología con la urgencia del ser cristiano. De esa manera, se convierten en *locus theologicus*, tal como lo expresa Sobrino: “En esos martirios, la realidad ha pronunciado una palabra última, no solo con cambios en la superficie de las cosas, sino con la vida y la muerte, el horror del pecado y la fascinación de la gracia”²².

21. M. Maier, “Alfred Delp, S. J. Mártir de una humanidad más justa”, *Revista Latinoamericana de Teología* 77 (2009), 101-120.

22. J. Sobrino, “Los mártires jesuánicos”, o. c., p. 246.